

LANGUIDEZ POST-SOCIALDEMÓCRATA

La estatutaria socialdemócrata ha perdido su pedestal sin que cristalicen otras formas orgánicas de relevancia. Ahora mismo, está a la espera de la energía necesaria para contrarrestar tanta languidez. De las elecciones europeas de junio de 2009 puede decirse que quienes fueron a votar, aun a sabiendas de la inconexión mediata del voto con las políticas nacionales, prefirieron que la gestión de la crisis económica estuviese en manos del centro-derecha y no de la social-democracia. Específicamente, también puede incluso interpretarse que el electorado europeo vio de mayor fiabilidad que, si hacía falta que el Estado regulase más el mercado o interviniera de algún modo en la economía, resultaba más convincente –o menos arriesgado– que lo hiciera el conjunto de partidos nacionales que componen el Partido Popular Europeo que los eurosocialistas. Resulta que las crisis del capitalismo no son buenas para la socialdemocracia. Más allá de la territorialidad de los votos, puede hablarse de un nuevo pesimismo post-abundancia –post-sociedad del desperdicio– que intuye de forma agorera un peor futuro para las nuevas generaciones en un horizonte de malestar económico y de deterioro del Estado de bienestar, circunstancias que llevan a confiar el voto al centro-derecha.

Fue la economía social de mercado –el modelo del capitalismo renano– la que reconstruyó la Europa devastada por la Segunda Guerra Mundial. Ahora, en plena recesión, aparece otra fase, a la búsqueda de consolidaciones de la confianza, de mejores equilibrios entre la iniciativa y la cohesión, y sobre todo una gestión mucho más razonable del Estado de

Valentí Puig es periodista y escritor. Articulista del diario ABC.

bienestar. En tales campos, casi nadie en el centro-derecha aboga por estrategias neoliberales sino por una reconsideración del Estado como garante fundamental, ahora específicamente ante riesgos financieros de índole sistémica. Lo que puede ser cierto es que el centro-derecha haya conectado mejor que la socialdemocracia con las nuevas heterogeneidades sociales. En el panorama ya agitado por los indicios patentes de recesión, insistimos en *Cuadernos de pensamiento político* de enero-marzo de 2009¹ en la consideración de que, tras una primera tentación de mitología anticapitalista, se iba a producir una reinención de Keynes por parte del centro-izquierda, bajo la cobertura retórica de la llamada refundación del capitalismo. Por parte del centro-derecha, prevalecería una cierta consideración flexi-reconstituyente del papel regulador del Estado. En aquel momento, la opinión pública exigía acción política: el péndulo entre el Estado y los mercados oscilaba de nuevo hacia el Estado. Mientras tanto, Zapatero seguía negando la existencia de la recesión, el mundo aguardaba a Barack Obama y las elecciones al Parlamento Europeo todavía tenían que dar modo representativo al rechazo a la socialdemocracia y a la reafirmación de la confianza en el centro-derecha. Ahora, como en los preámbulos tan confusos de la crisis, se hace de cada vez más evidente –como decía David Brooks– un tropismo hacia el orden y la estabilidad, no un desplazamiento de derecha a izquierda o de antigobierno a progobierno, sino de riesgo a cautela, del desorden a la consolidación. Errática reflexión sobre la crisis económica la que finalmente ha llevado a pasar del afán de reformar el capitalismo a la conveniencia de refundar la socialdemocracia.

El hecho fue que los votantes europeos prefirieron confiar en el centro-derecha. Seguramente consideraron que la experiencia contrastada de los partidos que en general conforman el Partido Popular Europeo y su sistema de alianzas en la eurocámara era la más indicada para afrontar la peor de las crisis económico-financieras desde la Segunda Guerra Mundial. Dicho de otro modo: castigaron a la izquierda en el poder. De forma casi instintiva, no votaron por las viejas recetas del Estado interventor socialdemócrata. Sí votaron por una eurocámara que regulase lo mejor posible el

¹ Valentí Puig (2009: 19-27).

territorio financiero. En fin, no parecían apostar por más gasto y más impuestos, sino por más rigor.

Hubo un voto para la izquierda radical y para la extrema derecha que se nutre de los nuevos populismos, pero el resultado electoral no es que fuera genéricamente radical. Fue un voto por la cautela en los cambios, por la resolución pragmática y no ideológica de los obstáculos que genera la recesión. Para Daniel Gros, del “Centre for European Policy Studies”, se pide “grosso modo” una cauta aproximación a la reforma de la supervisión de los mercados financieros, y una revitalización, “al menos retóricamente”, del Pacto por la Estabilidad y el Crecimiento. Aun así, todavía hay en el socialismo hispánico quien habla de un modelo centrado en el socialismo de mercado como alternativa al capitalismo. Un sistema de mercado poscapitalista.

En la Unión Europea, entre otras cosas, el desafío común es adaptarse al crecimiento menor mientras se afronta el problema del paro masivo, en un contexto de tendencias anteriores como son el envejecimiento de la población, el déficit y la crisis del Estado de bienestar. Pronto se advirtió que Europa necesitaba de reformas sistémicas y no de programas keynesianos. La estrategia de choque de Obama generó por un momento un efecto de emulación, pero se iba a preferir un modo menos agresivo, menos fulminante. En general, los gobiernos europeos actuaron en zona más templada, sin dejar de tener la vista puesta en el control del déficit a largo plazo. La opción pasaba por solventar la reforma pendiente de los mercados laborales –la flexiseguridad–, regular mejor los mercados financieros y garantizar los trazos fundamentales del Estado de bienestar. No era una opción fácilmente hacedera. Pero, ¿cómo reformar en tiempos de crisis si la sola idea de gobernar resulta ya de por sí agotadora?

Lo que ya se planteaba en el mapa electoral europeo de junio y en plena recesión era la paulatina evaporación socialdemócrata. Esa era una historia con episodios de fulgor y fases de inercia. En noviembre de 1959 las jornadas del SPD en Bad Godesberg fueron cruciales y no sólo para la socialdemocracia alemana. Representaban una mutación en el entendimiento de la dinámica histórica y en las relaciones entre mercados, indivi-

duos y Estado. Estratégicamente significaron la posibilidad de acceso al poder. En 1969, Willy Brandt llega a la Cancillería. Lo que pasó en Bad Godesberg tiene ahora mismo actualidad porque reafirma un acierto. La socialdemocracia arrumbaba el marxismo. Es más: se dijo en aquellas jornadas que de mantenerse en las tesis de Marx el SPD iba a ser poco más que “una secta condenada a desaparecer”.

Reconocer las virtudes de la economía de mercado fue determinante, pero también renunciar al pacifismo y a la socialización de los medios de producción. Prevalció una fórmula: libre concurrencia en tanto que sea posible; planificación en tanto que sea necesaria. En otro estadio programático, el SPD se refirió a las raíces del socialismo democrático en la Europa del humanismo y la ética cristiana.

El camino previo había sido muy largo y accidentado. En *Cielo en la tierra* (2002), Joshua Muravchik cuenta cómo los restos mortales de Engels fueron despedidos de este valle de lágrimas. El coautor de *El manifiesto comunista* había estipulado que sus cenizas fuesen dispersadas en el mar. La hija más joven de Marx y tres discípulos socialistas llevaron la urna hasta la costa inglesa. Uno de ellos era Bernstein, un alemán en el exilio cuya memoria ha sido tan execrada por comunistas y socialistas que poca huella queda de la importancia de su quehacer y pensamiento. Entre otras cosas, gracias a que Bernstein fue un “revisionista” –apelación vejatoria hasta hace relativamente poco– la tentación totalitaria del socialismo no fue hegemónica en el mundo libre.

Para Bernstein, el objetivo final del socialismo no era lo fundamental; el movimiento para el progreso social lo era todo. No se llegaría a divisar una nueva Jerusalén, “le grand soir”. Los sindicatos y asumir la democracia iban a mejorar el capitalismo y no a sustituirlo. Es decir: el capitalismo podía evolucionar, era mejorable: eso significaba olvidarse del apocalipsis revolucionario y de la dictadura del proletariado. Lenin llegaría a decir que con un revisionista lo único que podía hacerse era partírle la cara.

El legado de Bernstein iba a significar que se podía ser socialista sin ser marxista. Al final, en eso consistiría ser socialdemócrata. Ésa se convirtió

en la idea más expansiva, junto a la democracia cristiana, en la Europa de postguerra, la no sojuzgada por la herencia de Lenin. Al pronunciar el telón de acero en su famoso discurso de Fulton en 1946, Winston Churchill trazaba la divisoria entre una Europa sometida a un totalitarismo dimanado de Marx y una Europa en la que el gradualismo socialista iba a operar según el modo parlamentario. Otra victoria de Bernstein. Deberían haberse dedicado algunas plazas y avenidas. Pero ahora quizás ya sea demasiado tarde.

La aproximación de Bernstein también caló en Nueva Zelanda y Australia, donde el laborismo tiene hoy un líder vigoroso, Kevin Rudd. En el Reino Unido, la tradición fabiana y el sindicalismo experimentaron una evolución específica, con etapas de incertidumbre. En breve: fue muy prolongada y al final contraproducente la servidumbre del laborismo respecto al prepotente voto en bloque de las “trade unions” y su empecinamiento arcaico con la célebre “cláusula IV” de los estatutos laboristas que reclamaba la propiedad colectiva de los medios de producción. Tuvo que llegar Margaret Thatcher al poder para que los sindicatos perdieran sus privilegios y al final el laborismo pasase a indefinirse como Tercera Vía de Tony Blair hasta llegar a la astenia actual.

Fue así como el modelo sueco –la concertación nórdica, escandinava– fue perfilándose como la concreción más efectiva del socialismo en la tierra: es decir, un proyecto de Estado de altísima presión fiscal que fuera provisor de bienestar para los ciudadanos desde la cuna a la tumba. En la Europa libre, la socialdemocracia de postguerra daba la razón a quienes, frente a las agresivas acusaciones de revisionismo, habían articulado propuestas políticas y económicas tendentes a aspirar al poder por las urnas y el gradualismo reformista. Por ahí apareció un Estado providencia cuyos instintos mastodónticos el tiempo pronto revelaría. Fue la hora de las nacionalizaciones, en Suecia o en el Reino Unido, otro proceso que llegaría al desbordamiento en razón de su propia naturaleza. Y fue la hipertrofia del Estado de bienestar y las nacionalizaciones –la guinda del pastel socialdemócrata en los años cincuenta– lo que llevó a los votantes de los ochenta al redil del centro-derecha. El bucle concluía: como readaptación al escenario, Blair, Schroeder y Clinton comenzaron a formular la Tercera Vía.

Pero, con las naciones y empresas rivalizando a escala global, se ha hecho difícil para un país –decía *The Wall Street Journal*, 08/06/09– incrementar el gasto público y el déficit presupuestario –recetas tradicionales de la izquierda– sin aumentar sus costes laborales y dañar su capacidad de competir en el mercado de exportaciones. Eso es lo que significa explícitamente la formalización de la Organización Mundial del Comercio en 1994.

Curiosamente, de lo que se habla ahora es del modelo nórdico como futuro del capitalismo. Entrevistado en el *Financial Times* –22/03/09–, el presidente de Nokia y de Royal Dutch Shell, Jorma Ollila, alababa el estilo nórdico de capitalismo. La reestructuración empresarial de los noventa hizo que las compañías nórdicas fuesen altamente competitivas y abiertas a la globalización, al tiempo que los gobiernos instrumentaban sistemas asistenciales de gestión racional y modelos educativos meritocráticos. Así quedó atajado, para situaciones como la actual, el virus proteccionista. Para algunos analistas, el modelo nórdico representa ahora el papel que tuvo el modelo alemán en los sesenta o el japonés en los ochenta. Ollila declara que es la vía para un sistema global capaz de autorreformarse.

Con la crisis de 1973, la izquierda occidental ya había anunciado una quiebra más del capitalismo. Curiosa presunción: incluso asumiendo su inanidad, la socialdemocracia se sentía más racional e inteligente que la derecha. Había llegado de nuevo –según esta tesis– la hora del Estado interventor y de las políticas redistributivas, pero sin alternativa posible, sin opción para que el capitalismo recurriera a viejos nuevos mecanismos de rectificación. También entonces el espejismo duró poco. Es más, al producirse al cabo de unos años la eclosión de las políticas Thatcher-Reagan, el socialismo –la socialdemocracia, Craxi en Italia, por ejemplo y González en España– inició la vía de asimilación que iba a concretarse luego en la Tercera Vía. El paradigma sueco tembló. A partir de las reformas de Carl Bildt, Suecia ya anda por la vía del Estado posibilitador. Fue la “revolución de la libertad de elección”, un giro copernicano para las perspectivas reales del Estado de bienestar.

Aquella socialdemocracia se autoatribuye una hegemonía en la Europa de postguerra que, en realidad, le fue disputada de modo muy

claro por la economía social de mercado, de la que hoy vuelve a hablarse al tiempo que el argumentario socialdemócrata pierde contenido. Para la economía social de mercado –de otro modo definida como modelo de capitalismo renano o de concertación– la libertad era un equilibrio entre individuo y comunidad. Una diferencia fundamental con la socialdemocracia era –como se ve en Röpke, por ejemplo– una tenaz oposición a los colectivismos. Los postulados de la economía social de mercado han resistido al llamado consenso socialdemócrata pero también a la oleada Thatcher-Reagan que tuvo aspectos tan positivos en su momento, a pesar de una vertiente libertaria que sólo tuvo cierta influencia en el mundo anglosajón. Sustancialmente ajena al colectivismo y a la planificación centralizada, la economía social de mercado asume normas públicas para la rectificación de mecanismos de mercado, desde la perspectiva de garantizar la consistencia del sistema económico, de garantizar ante el ciudadano la disciplina necesaria. No es algo ajeno al pensamiento de Adam Smith. Respecto a la economía global, Röpke creía que podían ser útiles determinadas normas transnacionales, en la medida en que hubiese que contrarrestar turbulencias y pérdida acelerada de confianza. Con la primera gran crisis económica de la globalización, la lección de Röpke reconstituye su valor intelectual y práctico.

Ya en los noventa, el caso del modelo sueco focalizaba el “impasse” de la socialdemocracia mejor sintonizada. En general, la socialdemocracia estuvo escaneando los manuales en busca de una fórmula modernizadora. Si la hubo, no fue suficiente. En las elecciones europeas la tónica ha seguido siendo la de una socialdemocracia desmotivada por la pinza de unos populismos derecha-izquierda que –según reconoce Roger Liddle desde el laborista “Policy Network”– en parte se nutren de la difuminación de lo que se llamaba clase obrera y del declive sindicalista en la era post-industrial. En consecuencia, las reticencias anti-inmigratorias y el efecto de la nueva izquierda antiglobalización también han restado votos a la socialdemocracia. A la vez se invalida el Estado de bienestar maximalista. Las estrategias políticas centradas en el concepto de clase trabajadora carecen del viejo atractivo para las nuevas masas, cuya convocatoria cifran los SMS o Internet.

De una parte, el mundo exterior a las soberanías nacionales había experimentado una mutación económica que se apartaba del control estatal instituido como uno de los ejes de la socialdemocracia; pero también, de otra parte, en los Estados-nación se habían producido cambios sociales, específicamente socio-tecnológicos, que alteraban las relaciones laborales y dinámicas sobre las que hasta entonces pivotaban los partidos socialdemócratas. En fin, con la globalización tenían otro protagonismo instituciones monetarias como el FMI, del mismo modo que las nuevas tecnologías y las iniciativas de liberalización daban nueva soltura –y vértigo– a los mercados financieros “on line”. El encofrado del Estado de bienestar perdía sustento fundacional.

En su historia de la socialdemocracia europea *La primacía de la política* (2006), la profesora Sheri Berman acaba por reconocer que en las últimas décadas “el movimiento socialdemócrata en Europa se ha convertido en una sombra de sí mismo”. El estatismo consustancial ha topado con la movilidad creciente y la internacionalización del capital que dificultan al Estado la regulación de flujos empresariales y económicos, mientras que competir internacionalmente limita la propensión dadivosa del Estado providencia. La globalización ha impulsado nuevas tendencias migratorias. Con escaso fervor por la Tercera Vía del sociólogo Anthony Giddens, la profesora Berman critica las políticas del multiculturalismo. Con todo, llega a la conclusión de que la socialdemocracia debe ser pragmática y, en la medida en que el capitalismo ha cambiado, también debe cambiar el enfoque socialdemócrata a la hora de gestionar ese capitalismo transformado. Es una conclusión razonable y todavía más a la vista de los efectos de la recesión económica y de los resultados de las euro-elecciones.

Esta es la perspectiva de quienes, entendiendo que el Estado-nación fue lo que permitía a la socialdemocracia gestionar el capitalismo, ahora piensan que hay que proceder a estrategias globalistas. Pero es una deducción que se opone a la tesis del líder laborista holandés Wouter Boss, quien pide una socialdemocracia de arraigo, cohesionadora, una aproximación que “ponga conceptos como empatía, identidad, confianza y seguridad” en el corazón del lenguaje político del centro-izquierda. Explícitamente, reclama elementos de “pensamiento populista”.

Resulta incómodo decir que, tanto respecto a la recesión como a la refundación socialdemócrata, el caso de España es –políticamente– muy específico en el contexto de la eurozona o de los países de la OCDE. La especificidad proviene de la idiosincrasia política del líder socialista y actual presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero. La evolución política del PSOE iniciada con la transición española a la democracia con Felipe González en la oposición y en el Gobierno quedó alterada por una crisis interna del partido, que habiendo gobernado de 1982 a 1996, como consecuencia de sucesivos casos de corrupción pública, desembocó en una crisis de liderato que quedó teatralmente solventada en el año 2000 con la elección de Rodríguez Zapatero como secretario general. Después del atentado de Atocha, ganó las elecciones generales en 2004 y las volvió a ganar en 2008. Zapatero era una aparición renovadora, hipotéticamente representativa de una nueva generación. Pronto se pudo percibir su distanciamiento de los fundamentos del PSOE de la Transición, al alejarse con modulaciones propias de consensos históricos como la Constitución de 1978. La sociología del sondeo sustituyó la reflexión socialdemócrata. Reactivó el ultralaicismo de la Segunda República, tuvo la pretensión de entenderse con ETA y cayó en las torpezas del antiamericanismo, dejando a la vez de pugnar en las canchas europeas. Con Zapatero, la gestión económica prescindió de todo reformismo. Esa tesis inmovilista le llevó a negar reiteradamente la crisis hasta que ya en otoño de 2009 –al entregarse este artículo– el déficit público se aproximaba al 10 por ciento, el paro era el más alto de Europa, la industria flaqueaba, el consumo estaba paralizado y la sociedad española pasaba por una honda crisis de confianza después de años de crecimiento y de hiperconsumo. Con Zapatero, la política económica del PSOE se ha convertido en una sedimentación heteróclita de contradicciones cada vez más achacables a lo que es la indefinición genética del zapaterismo. Seguramente por eso, la languidez socialdemócrata adquiere en España, y también por estar en el poder, una tonalidad pendular que la lleva de la anorexia a la bulimia en cuestión de segundos. Es así: con Zapatero en España, se gobierna a merced de las brisas y ráfagas de viento electorales.

Desatento a las advertencias del Banco Central Europeo o del propio Banco de España, el Gobierno de Zapatero no ha hecho frente, ni antes ni con la recesión, a las grandes debilidades que la economía española que

Jaime Requeijo acota en *Odisea 2050* (2009): debilidad exterior, debilidad energética, baja productividad y escasa competitividad. Al contrario, su gestión económica reproduce aquella senda de los viejos elefantes que casi fatalmente conduce al déficit y al endeudamiento.

Previas a la recesión en curso, las dinámicas globalizadoras habían ido demostrando que economía global y socialdemocracia chocaban en más de un sentido. Los procesos de deslocalización del capital –de movilidad mucho más instantánea que el trabajo– eran una consecuencia de la globalización que restaba terreno vital a las políticas redistributivas. En *El fin de la clase media* (2006), Gaggi y Narduzzi constatan que se está perdiendo la función de redistribuidor de renta que el Gobierno desempeñaba históricamente, sobre todo en Europa: “Casi todos los sistemas se orientan hacia formas de “asistencia complementaria individual”. Además, con los déficit actuales, los gobiernos ya no disponen de recursos para trasladar de un grupo social a otro. Ya están abiertas las puertas para la competencia fiscal como elemento transnacional de atracción de capitales. Por eso, en situaciones críticas como la actual, recurrir a variaciones tributarias a contracorriente de lo que ocurra en la eurozona perjudicaría la salida de la crisis y la recuperación del crecimiento.

Para la socialdemocracia, Roger Liddle ha hablado de la necesidad de un nuevo paradigma que argumente en pro de un Estado con la suficiente capacidad estratégica para no entregarse a un intervencionismo caduco sino dar forma a las fuerzas positivas de la globalización. Al mismo tiempo, la globalización y las institucionalizaciones de transnacionalidad como la Unión Europea afectan tanto a la soberanía como a las raíces del Estado de bienestar. Para Pierre Manent, el Estado-providencia constituye una extensión y un perfeccionamiento del Gobierno representativo o, más bien del Estado representativo. Fue así como “la democracia representativa abrazó a la clase obrera, que amenazaba con producir una recesión”. Así es también como la “representación cambia de sentido, o pierde una parte de su sentido”. Es decir: ya no hay diferencias de “condición” cuando todos los ciudadanos, además de ser titulares de derechos civiles y políticos iguales, se convierten en “acreedores de derecho” para con el Estado, que les muestra igual solicitud en sus “necesidades sociales”.

¿Ha sido la recesión un fallo de la espontaneidad del mercado o de la capacidad regulatoria del Estado? Desde luego, una primera conclusión es que lo menos solvente es convertir eso en ideología. Juergen B. Donges *-ABC, 05/07/09-* no ve que el capitalismo basado en la economía social de mercado tenga alternativa alguna que sea viable en una sociedad democrática y libre. Con dos principios a respetar: la unidad inseparable de oportunidad y responsabilidad, que consiste en obtener un beneficio adecuado a las operaciones de mercado y a la vez asumir las pérdidas si las cosas salen mal; el segundo principio es la estabilidad de precios.

Al diagnosticar taxativamente un colapso final del capitalismo, la nueva izquierda cometió su enésimo error. En otra dimensión, el método socialdemócrata estaba perdiendo arraigos electorales y perspectivas de operatividad. El bucentauro del capitalismo todavía era capaz de reencontrar su rostro humano. Mientras, el centro-izquierda no convence a la hora de garantizar riqueza y seguridad a sus electores. La socialdemocracia ya lleva un tiempo a la defensiva. Lo que necesita con urgencia es regenerar la confianza y la seguridad de sus votantes. Como suele decirse en estos casos, a la socialdemocracia le haría falta reinventar su “narrativa”. Acaso, su mitología.

Entre los mitos de la socialdemocracia, una recesión como la actual acaba con la presunción de omnisapientia previsoras heredada de los dogmas de la economía centralizada. Estamos en todo lo contrario al constatar que los poderes de la ciencia económica son finitos ante la complejidad de lo que acontece y que la humildad es buena a la hora de predecir los comportamientos de la naturaleza humana. Vale tanto como ayer el pragmatismo frente a la presunción fatal.

PALABRAS CLAVE:

España • Democracia • Formas actuales de pensamiento anti-liberal

RESUMEN

El artículo analiza los resultados de las pasadas elecciones europeas a la luz de la situación de la socialdemocracia, deduciendo del mapa electoral europeo de junio la paulatina evaporación socialdemócrata en el escenario de crisis y recesión en que estamos. En este contexto, Puig analiza la especificidad del caso español en su entorno, tanto respecto a la recesión como a la refundación socialdemócrata, por el progresivo abandono que de los fundamentos del PSOE de la Transición ha hecho el líder socialista y actual presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero. La globalización y las instituciones transnacionales como la Unión Europea afectan tanto a la soberanía como a las raíces del Estado de bienestar, y ello junto la reflexión sobre si la recesión ha sido un fallo de la espontaneidad del mercado o de la capacidad regulatoria del Estado, llevan al autor a sentenciar el enésimo error de la izquierda al diagnosticar el colapso del capitalismo.

ABSTRACT

This article analyses the results of the latest European elections regarding the situation of social-democracy, inferring from the European elections' map of June the gradual social-democrat evaporation in the situation of crisis and recession that we are going through. In this context, Puig analyses the specificity of the Spanish case in its setting, both regarding the recession as well as the refunding Spanish social-democracy, represented by the gradual abandoning of the Transition's PSOE fundamentals undertaken by the current Socialist leader and President of our Government, José Luis Rodríguez Zapatero. Globalization and transnational institutions like the European Union have an impact on both the sovereignty as well as on the roots of the Welfare State. This, along with the reflexion on whether the recession was due to a failure of the spontaneity of the market or of the regulatory capacity of the State, lead the author to sentence the umpteenth error of the left when diagnosing the collapse of Capitalism.

BIBLIOGRAFÍA

- Valentí Puig:** (2009: 19-27)
"Mitología anticapitalista y recesión".
Cuadernos de pensamiento político nº 21.